

La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 7 DE AGOSTO DE 1916 →

Núm. 1.806

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografía de Central News.)



La señorita Tania, muchacha rusa de dieciséis años que sirve en el ejército y que ha sido propuesta para la cruz y la medalla de San Jorge por su heroico comportamiento en todas las acciones en que ha tomado parte.

El soldado que está a su izquierda es un voluntario de quince años; el de la derecha es el soldado más alto de la compañía en que sirve la señorita Tania.



Volverán las oscuras golondrinas a tu balcón, solícitas, llamar, y cuando vean que usas PECA-CURA ¡esas no marcharán!

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS. — BARCELONA



TONA
ROQUETA
agua mineral natural

Cura las diferentes manifestaciones del *es-crofulismo*, *herpetismo* y *stífilis*; los estados morbosos del corazón, riñones e hígado; la cloro-anemia y el reumatismo.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales. Los pedidos al por mayor pueden dirigirse a D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

ME. PNE

REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN



MÁGICO

Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves é intensos

Renaud Germain

Barcelona.



LABERINTO

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

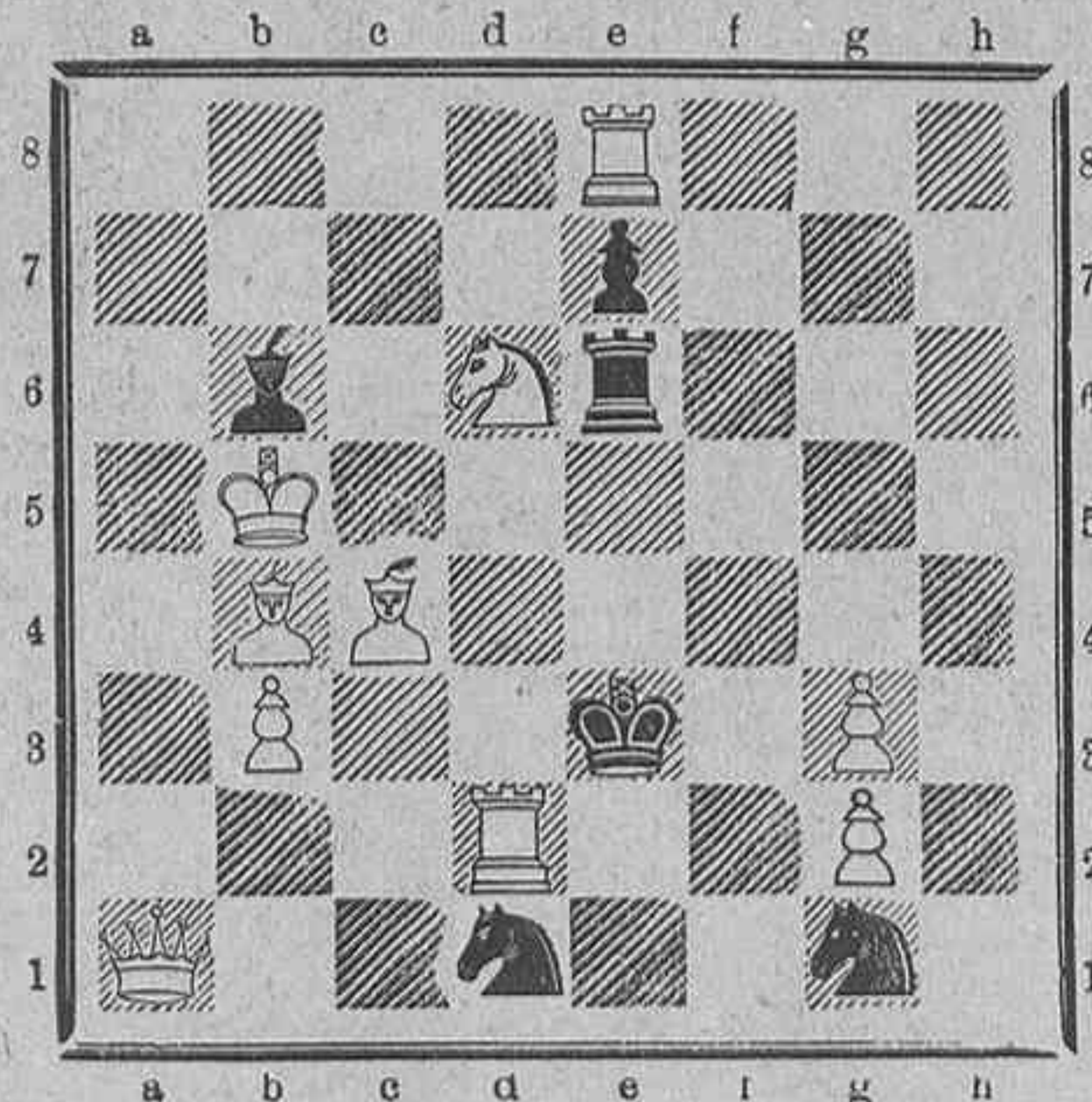
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 690, POR P. F. BLAKE

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 689, POR A. G. MESCHICK

1. Tg3-g8.

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar
EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Panguingue (Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708

Dirección telegráfica:

SAMOCA

NAIPES COMAS
FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
Fábrica movida por electromotores
ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART
BARCELONA.—Calle de Lauria, núm. 4

La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 7 DE AGOSTO DE 1916

NÚM. 1.806

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO ARTÍSTICO



GARROTÍN (GRANADA), cuadro de Carlos Vázquez

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La tragedia del maestro*, por Francisco Iribarne. — *La guerra europea*. — Valencia. *Los Juegos Florales de «Lo Rat Penat»*. — *El submarino mercante alemán «Deutschland»*. — Sir Guillermo Ramsay. — *Amores verbeneros* (novela ilustrada; continuación). — Londres. *El submarino alemán «U. C. 2»*. *Granitosa manifestación femenina*. — *El conflicto entre los Estados Unidos y México*. — Reus. *Salón de Humoristas celebrado en «El Círculo»*.

Grabados. — Garroín (Granada), cuadro de C. Vázquez. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *La tragedia del maestro*. — María Clotilde Sorolla. — Elena Sorolla. — Valencia. *Vistas parciales de la Exposición de Arte de la Juventud*. — *La guerra europea*. — *Echadora de cartas*; *Un casamiento gitano*, dibujos de Vicente Carreres. — *Los hijos de los señores de Velázquez*, grupo de retratos pintado por J. Moreno Carbonero. — *El submarino mercante alemán «Deutschland»*. — Sir Guillermo Ramsay. — *El conflicto entre los Estados Unidos y México*. — *Notas de actualidad de Valencia, Londres y Reus*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Inventos hay que parece que dotan a la humanidad de un nuevo sentido. Así el automóvil. Con una tarde bien aprovechada, hay ahora lo suficiente para recorrer media Cataluña y, aun sin adoptar velocidades temerarias, para atravesar treinta o cuarenta pueblos y cubrir ciento veinte o ciento cincuenta kilómetros. De esta rapidez resulta una mayor amplitud y una mayor simultaneidad de visión: en cuatro horas recogemos más impresiones e imágenes que antes en seis días. Desfilan los bosques, las colinas, las casas de labor, los puentes o los vados de una manera vertiginosa, tan vertiginosa como en el ferrocarril, pero que no es propiamente la del ferrocarril, encerrado casi siempre en su brecha o en su túnel, corriendo casi siempre por desmonte o por terraplén y dando sólo excepcionalmente la sensación del campo abierto.

Además, en ferrocarril la visión es siempre limitada y lateral; mientras en auto es amplia y de horizonte, no de lado, sino de frente; circular, infinita. No se trata de una decoración que pasa a nuestra derecha o a nuestra izquierda: es todo ese horizonte, todo ese frente que viene hacia nosotros en un apresurado y continuo movimiento de involución, del cual nuestra retina viene a ser el centro matemático. Apelando a una frase vulgar, diríase que nos «tragamos» el panorama; y en ello radica, sin duda, el secreto de la fiebre automovilista, a nada comparable si no es a la voracidad de los grandes tragones. Parece que el hambre de distancia, como el hambre de manjares apetitosos, constituye un estimulante poderosísimo; un plato llama a otro plato, un vino clama por otro vino, una longitud salvada, por otra longitud mayor, hasta la embriaguez, hasta el delirio. Y, en el descanso o la *panne*, se experimenta el orgullo de señalar, a lo lejos, entre brumas o por la hendidura de las cordilleras, el punto imaginario de donde se partió dos horas antes, para un recorrido que, con los viejos modos de locomoción, reclamaba dos días.

* *

De esta manera obtuve la otra tarde una sensación casi íntegra, casi «panorámica», del veraneo en Cataluña y de toda su vida estival, sorprendiendo a cada pueblo en su intimidad cotidiana y a cada sementera, a cada huerto, a cada camino, en la actividad apacible de la recolección, de la trilla y del acarreo. Atravesábamos las más rientes poblaciones de la costa, con sus playas con sus casetas de baños, con sus barcas alineadas sobre la arena, con sus redes tendidas a secar, con sus paseos marítimos y sus merenderos abiertos hacia la llanura azul y melodiosa.

Alternaban allí con el caserío, albergue de *payers* y de marineros, los edificios que proclaman la intrusión industrial: la estación ferroviaria, la fábrica trepidante, el hotelito o *château* de pretensiones. Un chicuelo desarrapado y descalzo, contemplaba un instante, desde la verja, a las niñas vestidas de encaje, como porcelanas finísimas, que jugaban en un jardín con sus aros y sus raquetas. Más lejos sacaban su boliche unos pescadores, y la pesca saltaba y relampagueaba al sol, cayendo sobre los anchos cestos. Un aroma de algas y de marisco saturaba el aire y se infundía en los pulmones con sensación de bienestar o euforia antigua, con un recuerdo pre-consciente y ancestral de navegantes y colonizado

res primitivos, cubiertos ya del gorro de púrpura, como sus sucesores de ahora.

* *

Pero bruscamente tuerce el auto a mano izquierda y atravesando una calle recta y angosta sale al otro lado del pueblecillo costero y empieza a correr en pleno campo, ardoroso y vibrante de luz y de calor. La ráfaga es esta vez de resinas que se liquidan al sol en las cortezas de los pinos; de mieses, o de pajares en cúpula de pagoda, que se doran o se irrisan como de un halo luminoso. Suenan un canto de cigarras, que se apaga inmediatamente, por la velocidad del vehículo; pasan unos carros de leñadores; nos cruzamos con una jardinera llena de jóvenes elegantemente vestidas que se dirigen al pueblo contiguo o al baile del balneario cercano; un mendigo con guedejas de nazareno descansa a la sombra de un árbol, con su cayado y su zurrón a la vera; un amolador, emblema de destierro y nostalgia en tiempo del romanticismo, empuja su aparato miserable...

Y el paisaje gira, muda, se pliega y se distiende de continuo, cerrándose en angostura o abriéndose después como un abanico colosal, según que el camino se resuelve en curvas o se entrega a la perspectiva de una línea recta, franca, aparentemente interminable, absolutamente solitaria, sin un vehículo, sin un ser viviente y propicia, por lo mismo, a la carrera veloz.

* *

He aquí una magnífica alameda arcaica, de aquellas que nos parecen irreales, imposibles de encontrar como no sea en pretéritos dibujos del siglo XVIII: los plátanos corpulentísimos, a lado y lado de la carretera, juntan sus ramas en lo alto, formando una bóveda ojival de frondas tupidas y rumorosas. La sombra es discreta, el ambiente fresco y acariciador, la lejanía como tubular y misteriosa, con luz de oro en el fondo... Camino de aventureros y de desengañados, viejo camino que conoció la misantropía, el desamparo y la orfandad trashumante, ¿no sería como éste, hermano gemelo de éste, aquella alameda de Vincennes, a la sombra de uno de cuyos árboles tuvo Rousseau la revelación de toda su obra, de los tiempos futuros, de las lágrimas que le quedaban al mundo por derramar?

Pero así como el viajar antiguo era propenso a la concentración, el auto moderno la impide radicalmente. Cada minuto es una fase nueva, cada segundo un estímulo, una imagen distinta. Nada de coherencia ni en la reflexión ni en el diálogo ni siquiera en el estado de alma. Una emoción es expulsada por la que sigue, y ésta por la que viene después, sin tolerar la menor fijeza. Hiere nuestros ojos un relámpago de verdura, de cañas frescas, de mimbres y álamos temblones. ¿No es una fuente al lado del camino; no son esas figuras unas mujeres y unos niños que meriendan; no es aquella nota blanca, rápida, imprecisa, una servilleta que se ha desplegado, un vaso de cristal herido por un rayo de sol? Pues así que trato de tomar conciencia de la visión, la visión ya se ha desvanecido, muy atrás, muy atrás, en la película continuamente arrollada a nuestra espalda.

¿En qué pastos suena esa esquila? ¿De qué escondido parque señorial llega ese brusco aroma de magnolias ciudadanas? Y el sonido de la esquila, que ha flotado un momento, se ahoga en la metálica palpación del motor; y el rastro de ambrosía de la magnolia se desvanece en el olor rústico de los hormigueros que purifican una heredad, como holocaustos de que suben columnas de humo verticales e inmóviles, sobre la tierra ardiente, en el aire que llamea. Y aun no me he dado cuenta de esta sensación, tuerce el camino, el auto modera su marcha, la calle recta y en pendiente, de no sé qué pueblo, se ofrece a nuestra vista en toda su longitud: he aquí el estanco, el horno, la herrería, las mujeres cosiendo a la puerta, el municipal vestido absurdamente de *bersagliere* o de zuavo pontificio...

* *

Y otra vez el campo, con nuevos episodios de camino, con nuevas revueltas y nuevas apariciones: la vieja torre aspillera de una *masía* desaparecida; el hostal de leyenda y romance, punto de cita de los forajidos, frecuentado por la tragedia, desde la guerra de los Segadores hasta los *brigants* de 1808 y las partidas de la última guerra civil; y otro pueblo, y dos, y diez más, con su calle recta, sus vecinas trabajando junto al portal, su estanco, su horno, su herrería, acaso su entierro, acaso su festín de boda. Y en todas partes, con sus carros y sus labriegos que vuel-

ven más apresurados, más satisfechos que los otros días, por ser sábado y aguardarles el jornal, el barbero, la camisa limpia, el regalo del domingo...

Los viñedos ascienden hasta lo alto de las lomas, o los pinares y las encinas y los madroños descenden a la hondonada. Tal macizo de robles en los desfiladeros de Moncada parece evocar el campamento de Roque Guinart en el *Quijote*; en tales picachos flota todavía el humo de las descargas de los somatenes contra las tropas de Napoleón. Y en lo hondo de ese desfiladero los pueblecillos se suceden, y los *chalets* y las quintas; a la entrada o la salida de esos pueblos, grupos de muchachas y niñas de las familias veraniegas, andan, con suave indolencia, paseando su alegría y su ocio divino. Y de todo el territorio: llanura y montaña, costa e interior, poblaciones o campos abiertos, sembrados o bosques, se desprende una sensación indefinible pero inexorable. La sensación de Cataluña: esfuerzo, trabajo, voluntad.

En efecto: tierras labradas, pajares, casas, chozas o palacios, caminos y muros de contención, carros que rechinan cargados de gavillas o de troncos, chimeneas humeantes o presas de agua rumorosas, todo grita: esfuerzo, trabajo, voluntad. Todo grita también: contento de la vida, grata expansión del verano, que retribuye con su cosecha y su relativa holganza los afanes de las estaciones que la precedieron. No; no es la naturaleza, abrupta y pobre, quien brinda aquí ese bienestar que, en sucesión continua, hemos visto aparecer en torno nuestro; es la mano del hombre, es la constancia, la tenacidad, la lucha contra el medio sórdido u hostil; la voluntad de domar las rocas y reducirlas a la producción, de roturar y desfondar los eriales y reducirlos a la producción, de detener los ríos y reducirlos a la misma producción. Es la rebeldía contra el infortunio y la resolución de superarlo y de vencerlo. Es la consigna de una raza transmitida de padres a hijos y a nietos: aquella consigna que tantas veces citaron con noble envidia los economistas y reformadores no catalanes del reinado de Carlos III: «el catalán de las piedras saca pan».

* *

Hace tan sólo dos años que esta misma abundancia, este mismo sosiego y contento de la vida reinaban en las porciones más ricas de nuestro continente. Como en esa extensa comarca que acababa de recorrer, centenares de pueblos prósperos y miles de hogares felices, veían llegar, como ahora, el sábado como el día de la promesa y el anuncio del descanso y la expansión. Los segadores se afanaban en su tarea; el trigo se apilaba en las trojes; los carros desfilaban por los pacíficos caminos, rechinando bajo el peso de su carga gloriosa; los vendimiadores afilaban ya su corvo e inocente cuchillo; y, al atardecer, en las granjas o en las casas de los pueblos rurales, descargaba todo el mundo, de vuelta de su heredad los dones de Pomona y de Ceres, incruento botín de la jornada bendita...

Quince días después una ola de fuego, de acero crepitante, de devastación inaudita arrasaba aquellas campiñas, aquellos viñedos, aquellas arboledas, aquellos jardines, orgullo de la civilización. Siglos se requirieron para el esfuerzo y el cultivo; siglos para la selección y el esmero constante hacia formas y productos cada vez más refinados y perfectos. Unas semanas bastaron para el estrago. Como un divino pero débil juguete todo cedió a ese estrago: quintas soberbias, vergeles, manufacturas, canales de distribución y, en suma, todo el mecanismo, todo el instrumental de una potente industria y de una agricultura ubérrima y preciosa. Con los ojos llenos todavía de tantas y tan magníficas visiones, entraba en Barcelona a punto de anochecer, cuando iban estallando en la lejanía, sobre un cielo de violeta, los focos distantes, y corrían los muchachos pregonando los diarios de la noche, con las últimas noticias de la guerra. ¡Oh! ¡Cómo sentí entonces el horror de esta palabra y su verdadero contenido! ¡Cómo me ofreció entonces mi imaginación una medida palpable de sus devastaciones, de sus ferocidades y de sus crímenes!

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

LA TRAGEDIA DEL MAESTRO, POR FRANCISCO IRIBARNE, dibujo de Tamburini



Pura no venía sola; traía de la mano un niño rubio...

¿Es que Samuel Rodríguez ama su profesión? Samuel es maestro de escuela en Robledillo de la Sierra, y de su austeridad, de su bondad, de su constancia nadie puede dudar.

Samuel es joven, apenas contaría treinta y cinco años; pero su vida es la de un viejo, la de un apóstol, la de un cenobita; es la suya una vida ejemplar. Samuel se levanta a las seis de la mañana en invierno y a las cuatro en verano. En seguida que se levanta se va al jardín, a este jardín que Samuel ama

sobre todas las cosas, a este jardín que es obra suya y que en el pueblo se conoce por «El jardín de los rosales», unos rosales en los que florecen rosas rojas de Alejandría, rosas ígneas y fragantes.

En el jardín de los rosales permanece Samuel durante las primeras horas de la mañana. A las ocho se desayuna y en seguida a la escuela hasta las doce. Después come, lee algunos periódicos y a las dos entra nuevamente en clase hasta las seis, hora en que sale a dar un pequeño paseo por el campo. Por

la noche, después de cenar, va un rato al Casino, donde habla con algunos amigos, y a las diez a casa, a dormir. Esto un día y otro día, un mes y otro mes hasta transcurrir cinco años.

Al principio todo el mundo creyó que aquel maestro joven que venía de Madrid sería un hombre fatuo, orgulloso, insoportable. Durante muchos días sufrió Samuel el efecto de esa curiosidad impertinente con que se recibe a los forasteros en todos los pueblos. Algo tranquilizó a las personas que le

hablaban su aire decaído, sus ojos tristes y luminosos en los que se adivinaba una gran tristeza, una tristeza íntima, profunda, indefinible.

Samuel tomó a su servicio una pobre mujer que le recomendó el médico del pueblo.

— Puede usted tener confianza absoluta en ella, le dijo el doctor; es algo torpe de inteligencia, pero muy trabajadora y fiel como un perro.

Desde el primer día el maestro hizo la misma vida ordenada y ejemplar. Esto fué lo que le puso bien pronto a cubierto de toda clase de murmuraciones. Para Samuel, que fué siempre un hombre desordenado y perezoso, este plan de vida era como una disciplina saludable en la que había algo de martirio.

— Quiero ver si soy capaz de vencer todas mis pasiones, decía Samuel al levantarse cada día, al amanecer, haciendo un heroico esfuerzo. Es preciso que triunfe la voluntad sobre este miserable corazón que se constituyó hace tiempo en mi verdugo.

El drama íntimo de Samuel no lo conocía nadie en el pueblo.

Samuel había ido a Robledillo de la Sierra buscando en la vida gris, tranquila y monótona del pueblo un refugio a sus dolores. Samuel, cuando fué allí, acababa de experimentar el más cruel de los desengaños. Enamorado locamente de Pura Garsolini, una italiana rubia y esbelta como el tallo de una azucena, hizo por ella verdaderas locuras; abandonó sus estudios y se entrapó con todo el mundo para comprarle flores, para hacerle regalos que sin ser muy costosos traspasaban mucho el límite de su mezquino presupuesto.

Samuel soñó junto a Pura cuanto podía soñar un alma romántica como la suya. Pura tenía todos los encantos, todas las perfecciones imaginables para seducir a Samuel y a cualquier otro hombre de los que creen firmemente que la cara es el espejo del alma; pero no siempre el fondo responde a la forma. El cuerpo admirable de Pura Garsolini encerraba un alma perversa; su ingenuidad y su candor eran pura apariencia. Aceptó las relaciones del incauto Samuel porque sus veinticinco años le hacían ya pensar muy seriamente en el matrimonio, que ella consideraba de un modo positivista; pensando en él como se puede pensar en un seguro de vida o en una pensión vitalicia. Cuando vió que el pobre Samuel no tenía más porvenir ni más recursos que su modesta profesión de maestro, Pura se propuso abandonarle si llegaba otro que ofreciera mayores garantías económicas.

Y así fué. El desgraciado Samuel sorprendió un día a su amada en el momento en que ésta dedicaba la más maliciosa y amable de sus sonrisas a un joven que la miraba desde un palco en el teatro de la Zarzuela. Samuel había gastado aquella noche en llevar al teatro a Pura y a su madre todos sus ahorros, las seis pesetas que le quedaban para fumar y tomar café durante la semana.

Fué este un golpe terrible. Las más negras ideas cruzaron por la imaginación del infeliz romántico. No dijo una palabra; pero se puso tan pálido, fué tal su emoción, que ellas lo notaron.

— ¿Qué le pasa a usted?, dijo la mamá de Pura con aire compasivo. ¿Está usted enfermo?

— Sí, sí; me siento mal, respondió Samuel tartamudeando. Ustedes perdonarán que me retire; pero no puedo continuar aquí.

Y salió del teatro decidido a no volver más junto a aquella ingrata que se había burlado de él con tan inconcebible cinismo.

Quiso aquella noche escribirle una carta echándole en cara su falsía, pero no pudo; le era imposible hallar las palabras con que expresar su dolor y su indignación. Durante algún tiempo anduvo como desorientado; aquel desengaño era superior a sus fuerzas. Había soñado en hacer de Pura la dulce com-

pañera de su vida, el ángel de su hogar, el fin único de su existencia. Se le antojaba mentira que en un cuerpo tan admirable se encerrase tanta maldad, tanta hipocresía, tanta perfidia.

Pocos días después fué cuando Samuel decidió ir a sepultarse en Robledillo de la Sierra donde vivió haciendo una vida ejemplar; procurando serenar su

«Pobres rosas!, pensó. ¿Para quién serán ahora vuestros perfumes? Es preciso que yo os deje, que yo os abandone, y no hallaréis, seguramente, una mano cariñosa que os cuide como yo.»

Cuando llegaba a este punto de su soliloquio apareció ante él la vieja sirvienta diciendo:

— Ahí hay una señora que aguarda y me ha dicho que entregue esta tarjeta al señor.

La tarjeta decía: «Pura de Regollos».

Samuel no quiso dar crédito a sus ojos.

— Que pase, que pase esa señora. Dígame que tenga la bondad de venir hasta aquí.

Momentos después entraba Pura en el jardín más hermosa que nunca. Su belleza podía asegurarse que había llegado a la plenitud.

Samuel sufrió al verla una emoción distinta de la que había imaginado experimentar. Ella le miró sin miedo, clavando en él sus ojos tranquilos en los que había mucho de nobleza y de dignidad.

Pura no venía sola; traía de la mano un niño rubio, un niño que miró también a Samuel con cierto temor.

Ella fué la primera en hablar.

— Aquí le traigo a usted a mi hijo para que lo eduque. No creí nunca tener la suerte de encontrar tan buen maestro para él. Usted conservará de mí un funesto recuerdo; pero no creo que me guarde rencor.

Samuel estaba tan turbado que no tuvo aliento para responder. No sabía si las palabras de aquella mujer eran una burla sangrienta o un rasgo de noble sinceridad.

— Yo bien quisiera, murmuró al fin, ser el profesor de su hijo; pero por desgracia he decidido marcharme de aquí. Hace algún tiempo que pedí el traslado y hoy precisamente acabo de recibirlo.

Pura, al oír esto, miró a Samuel fijamente. Hubo después un largo silencio enojoso que ninguno de los dos se atrevía a romper. Ella, con esa aguda perspicacia propia de su sexo, comprendió que él mentía y que era ella la causa de aquella huída, de aquel alejamiento que en vano él trataría de justificar.

— No puede usted imaginarse, dijo Pura, dando a sus palabras

un tono de amarga decepción, lo que siento que no pueda usted educar a mi hijo.

Luego cambiando de actitud añadió:

— ¿Y se puede saber la causa que le obliga a usted a alejarse de aquí? Tal vez sea ésta una pregunta demasiado indiscreta; pero no puedo reprimir mi curiosidad.

— La causa... la causa... de mi partida... No andemos con circunloquios, dijo Samuel haciendo una violenta transición. La causa es usted..., sí, usted, que no se ha conformado con destruir un día todas mis ilusiones y viene a perseguirme hasta aquí.

— ¿Pero es que usted me quiere aún?

— No, yo no puedo quererla a usted; eso sería un absurdo, un contrasentido, una estupidez.

— Entonces es que me odia. Confíeselo con toda sinceridad.

— No, no, tampoco la odio a usted; pero no quiero verla y ahora menos que nunca. Entre nosotros no existe, ni debe existir, ninguna relación.

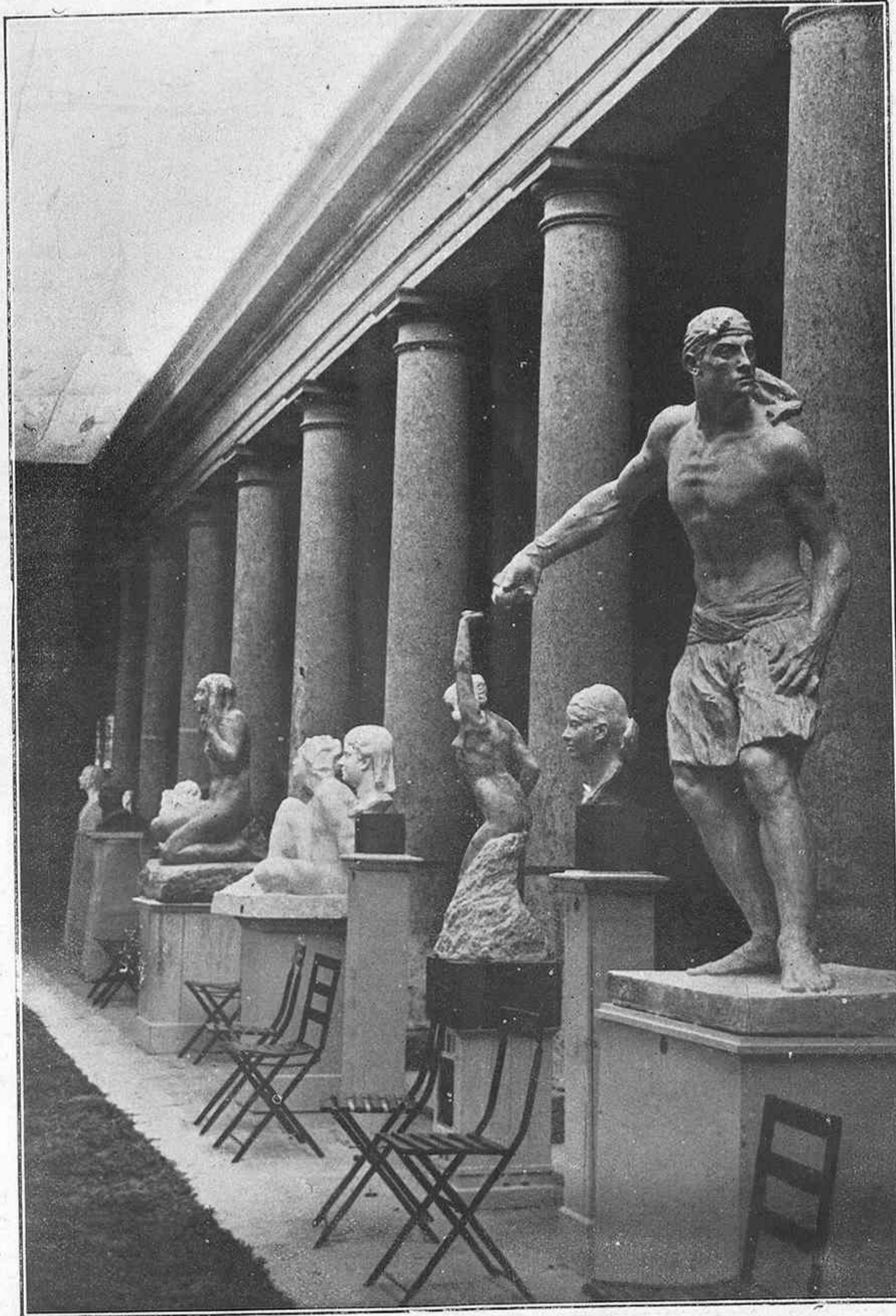
— No lo comprendo, murmuró Pura sin saber lo que decir.

— Ya lo comprenderá usted alguna vez; por lo pronto yo, mañana mismo, me voy de aquí.

La vieja sirvienta volvió a entrar en este momento en el jardín para servir a Manuel el desayuno.

Y ya no hablaron más.

Cuando Pura se marchó con su hijo, Samuel vió que el chico había arrancado una por una todas las rosas de su jardín.



Valencia. Exposición de Arte de la Juventud
Vista parcial de la sección de Escultura. (De fotografía de José M.^a Cabedo.)

espíritu, cuidando amorosamente un jardín en el que florecen las ígneas rosas de Alejandría.

Pero la mala estrella de Samuel le preparaba aún nuevos sufrimientos.

Una tarde al salir del colegio para emprender el paseo cotidiano vió Samuel algo que le dejó anonadado.

«¡Era ella, sí, sí, era ella!»

Fué primero un gran sobresalto y luego una emoción dolorosa y grata al mismo tiempo.

La herida que él creyó cicatrizada para siempre sangraba aún. Pronto se convenció de que no habían servido de nada sus buenos propósitos, de que fueron inútiles aquellos cinco años de una vida ejemplar.

«¿Pero es posible que ame yo aún a esa mujer? ¿Se concibe que su presencia tenga tal influencia sobre mí? Esto es absurdo, esto no puede ser.»

Sin embargo el pobre maestro temblaba, sintiendo los rápidos latidos de su corazón.

Aquella noche en el casino pudo comprobar que no le habían engañado sus ojos, que no era víctima de una alucinación. Pura estaba allí, en Robledillo de la Sierra; Pura era la esposa del nuevo registrador de la propiedad que llegó al pueblo aquel día por la mañana.

«Será preciso que me aleje de aquí, pensó Samuel con una amargura infinita. No quiero verla, no quiero sufrir más.»

Al día siguiente se levantó como de costumbre al amanecer y entró en su jardín. Los rosales en floración le parecieron más hermosos que nunca.



María Clotilde Sorolla, hija del ilustre pintor, que ha expuesto algunos notables cuadros. (De fotografía de V. Barberá Masip.)



Elena Sorolla, hija del ilustre pintor, que ha expuesto algunas notables esculturas (De fotografía de V. Barberá Masip.)



Vista parcial de la Exposición. (De fotografía de José M.^a Cabedo.)



Cañones de trinchera cogidos por los franceses a los alemanes en el Somme. Estos cañones son de madera, tienen 257 milímetros de diámetro y 1,35 metros de alto y lanzan proyectiles de 1,30 metros de largo.

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En el frente del Norte del Somme, los ingleses han ganado terreno cerca del bosque de Haut y en dirección a Guillemont; han ocupado totalmente el pueblo de Pozieres y algunas trincheras al Oeste del mismo; han completado la posesión del bosque de Delville, rechazando varios contraataques; han hecho nuevos progresos en Longueval, en las inmediaciones de Pozieres y en el bosque de Foureaux; han expulsado a unos destacamentos alemanes que habían conseguido penetrar en las trincheras de primera línea cerca de Neufchatel; y han tomado las últimas defensas del enemigo en Longueval.

Al Sur del Somme, los franceses han tomado una batería alemana al Sur de Estrées; se han apoderado de varias casas fortificadas al Sur y al Sudeste de la mencionada aldea, haciendo nuevos progresos al Este de la misma; han arrojado a los alemanes de algunas trincheras al Norte de Vermandovillers; han rechazado ataques al Oeste de este pueblo y un reconocimiento al Sur de Lihons, en la región de Chaulnes; han tomado todo un sistema de trincheras, en una profundidad que varía entre 300 y 800 metros, entre la altura 139, situada al Nordeste de Hardecourt, y el Somme; han llegado a los límites del pueblo de Maupás; y han ocupado el bosque situado al Norte de la estación de Hem, la cantera al Norte del mismo y la alquería de Monacourt, rechazando algunos contraataques.

En la región de Verdún, a la orilla derecha del Mosa, los franceses han tomado un reducto al Oeste de la defensa de Thiamont, y rechazado varios contraataques; han rechazado ataques en el barranco de Fleury y han tomado algunos elementos de trinchera al Norte de la capilla Sainte-Fine. En la orilla izquierda, han rechazado varios ataques contra la altura 304.

En las otras regiones, los ingleses han realizado con éxito dos *raids* al Sur de Iprés y uno en el saliente de Loos; y los franceses, en el Aisne, han penetrado en las trincheras enemigas cerca de Vailly y han rechazado ataques contra el saliente del bosque de Buttes; en la Champaña, han rechazado ataques al Oeste de Poinses; y en Alsacia, han rechazado ataques al Noroeste de Altkirkch y al Sur del desfiladero de Sainte-Marie.

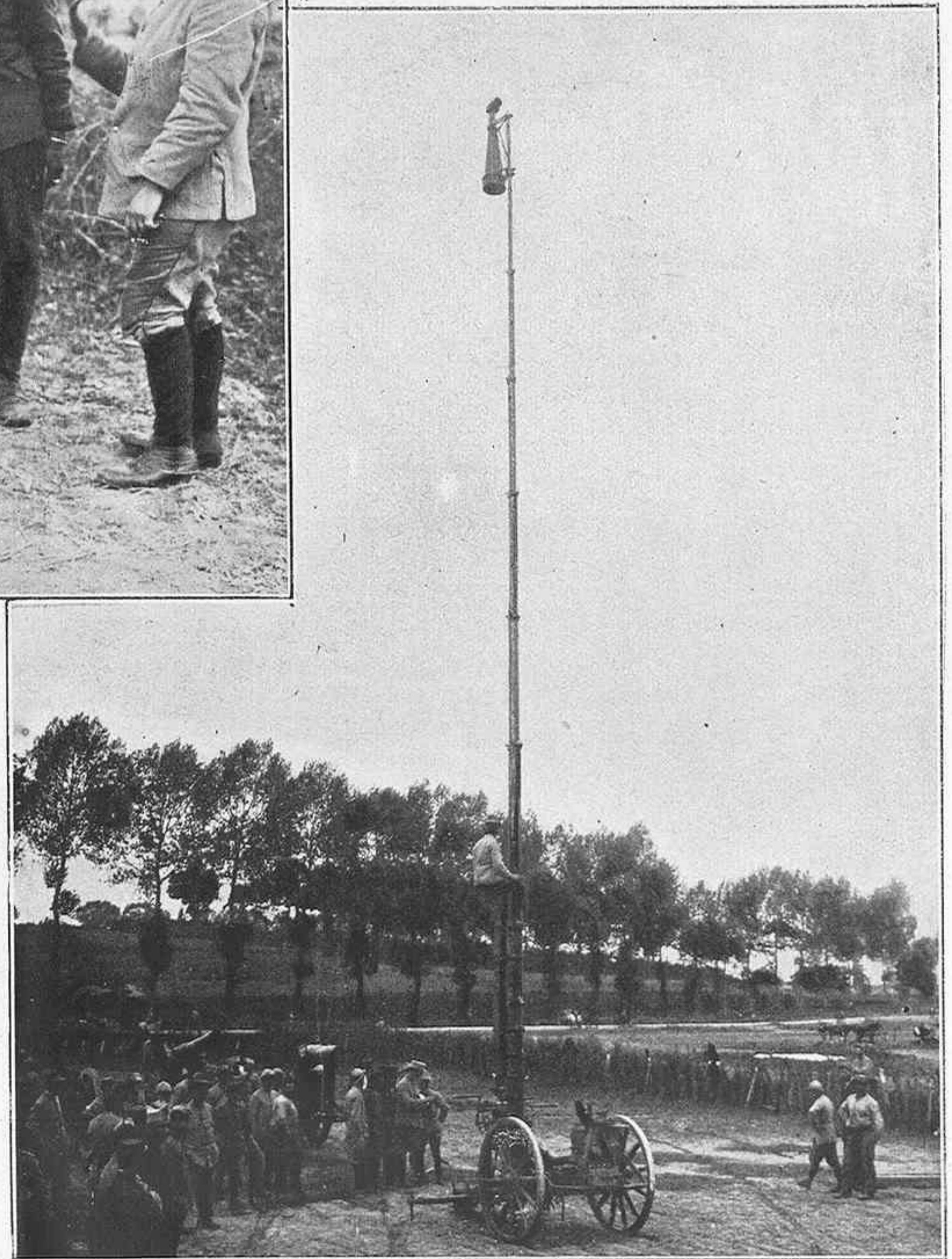
Los alemanes, en el frente franco-inglés, han rechazado violentos ataques entre Thiepval y Guillemont, en el bosquecillo de Foureaux, en Longueval, en el bosque de Trones, al Oeste de Pozieres, al Nordeste de Barleux, en el bosque de Delville, cerca de Soyecourt y contra el sector Estrées-Joyecourt.

En la región de Verdún, han rechazado ataques en Vieux-le-Chateau, en el sector Froid-Terre-Fleury y contra la obra de Thiamont, y han hecho algunos progresos en la altura 304.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han rechazado ataques al Nordeste de Baranovitchi y en la región de Kemmern; han proseguido su avance en la región del Sloniowka; han roto el frente enemigo al Oeste de Luzk, continuando su avance; al Sur del Lipa han arrojado al enemigo de Galitschine; en el valle del Sloniowka y del Voldurovka han desalojado al adversario de toda la línea, persiguiéndolo en dirección a Brody; se han apoderado de esta última ciudad; y al Sur del Dniéster han obligado a los austriacos a retroceder en dirección a Stanislavov.

Los alemanes y austriacos han derrotado a los rusos al Sudeste de Riga, después de violentos combates; han penetrado en las posiciones avanzadas rusas al Oeste de aquella ciudad, destruyéndolas; han rechazado a varias patrullas enemigas que intentaban cruzar el Duna; han rechazado ataques en Goroditsche, en el Scha-

ra, en Ljachawitschi, en Sokul, en Luzk, al Norte de Brody, en todo el frente desde Strobrychwa, al Sudeste de Kovel, hasta el Oeste de Beresteczo, al Norte de la meseta de Prislop, al Sur del Dniéster y al Oeste de Obertyn; han tomado una posición avanzada cerca de Pustomity; han contenido el avance ruso al Oeste de Luzk, recuperando en este sector gran parte del terreno anteriormente perdido; han rechazado un intento de los rusos de aproximarse a las posiciones situadas al Sur del Dniéster; han contenido un ataque delante de la segunda línea que pasa del Este al



Periscopio cogido por los franceses a los alemanes en el Somme. Este periscopio puede elevarse hasta 25 metros de altura. (De fotografías de M. Rol.)

Nordeste y Sudeste de Monasterziska; y al Oeste de Prislop, han vadeado el Czarny Czerezmoss, apoderándose del pueblo de este último nombre. En cambio, reconocen que los rusos penetraron en las posiciones austriacas al Este de la carretera de Lesniow a Brody; que al

Noroeste de Luzk, los rusos lograron penetrar en una línea alemana en la región de Trysten; que se han visto obligados a retirar los contingentes que aun estaban en la orilla Este del Stochod, entre el Turija y el ferrocarril de Rovno a Kovel; y que al Sur de Tatarow, ante la amenaza de un importante ataque ruso, han retirado sus tropas del frente del Magura hacia la cresta principal de los Cárpatos.

Italianos y austriacos. — Los italianos han rechazado ataques en Vallarsa, en la cabeza de Posina, en las pendientes del monte Zengio, en el monte Cimone, en la meseta de Asiago y contra las trincheras conquistadas en la meseta de Sette Comuni; han tomado las defensas debajo de la cumbre del monte Cimone; se han apoderado de todo este monte, ganando terreno al Norte del mismo; han completado la ocupación del alto Trevignolo y del valle Pellegrino; han tomado el bosque de Forcella, en la región de Tofana; y han avanzado en el valle de Travenanzes.

Los austriacos se limitan a decir que han rechazado ataques en distintos puntos del frente. *En los Balcanes.* — Los búlgaros han emprendido violentos ataques al Norte de Strupinowo, pero han sido rechazados por los serbios, los cuales los han desalojado de las alturas del Pojar.



En el frente de Verdún. — Distribución de equipos a los soldados a su regreso de las trincheras. (De fotografía de Branger.)



La ofensiva rusa. - Convoy de soldados heridos atravesando una región nevada



La ofensiva inglesa. - Dragones de la Guardia cargando contra las trincheras alemanas



ECHADORA DE CARTAS, dibujo de Vicente Carreres



UN CASAMIENTO GITANO; acuarela de Vicente Carreres. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



LOS HIJOS DE LOS SRES. DE VELÁZQUEZ

Grupo de retratos pintado por el insigne artista José Moreno Carbonero

(De fotografía remitida por nuestro reportero en Madrid J. Vidal.)

VALENCIA. — LOS JUEGOS FLORALES
DE «LO RAT PENAT»

Con gran solemnidad se han celebrado en el Teatro Principal de Valencia los Juegos



Valencia. Los Juegos Florales de «Lo Rat Penat». — El poeta valenciano Francisco Puig Espert, ganador de la Flor natural.

Florales organizados por *Lo Rat Penat*. El hermoso coliseo presentaba un aspecto brillantísimo: el escenario estaba rica y artísticamente adornado, y la sala hallábase totalmente ocupada por una concurrencia tan numerosa como distinguida, en la que predominaban hermosas señoritas lujosa y elegantemente ataviadas. A los acordes de la marcha de los Reyes de Aragón subió al estrado la comitiva oficial, ocupando la presidencia el alcalde señor Cufiá, quien tenía a su derecha al presidente de *Lo Rat Penat* Sr. Pérez Lucia. A la mesa del Consistorio sentáronse el mantenedor Sr. Ventosa y Calvell, el secretario señor Morote y los demás individuos de aquél. A la fiesta asistieron, además, varios diputados, concejales, el gobernador civil, el capitán general y demás autoridades.

Abierta la sesión, el secretario dió lectura al dictamen, en el que se adjudicaba la Flor Natural a la poesía *Lo poema del aigua*, de la que resultó ser autor el joven e inspirado poeta valenciano D. Francisco Puig Espert, quien ofreció la flor a la encantadora señorita Rafaela Louisa Llaudes.

Subió ésta al estrado, acompañada de la Corte de Amor, y después de proclamada Reina de la fiesta, el Sr. Puig Espert leyó la preciosa poesía premiada.

Seguidamente el presidente de *Lo Rat Penat* pronunció un elocuente discurso explicando la labor que realiza aquella Sociedad, saludando a los elementos allí congregados para honrar a Valencia y afirmando que la prosperidad de España está en el porvenir de las regiones, que trabajan y trabajarán para engrandecerla.

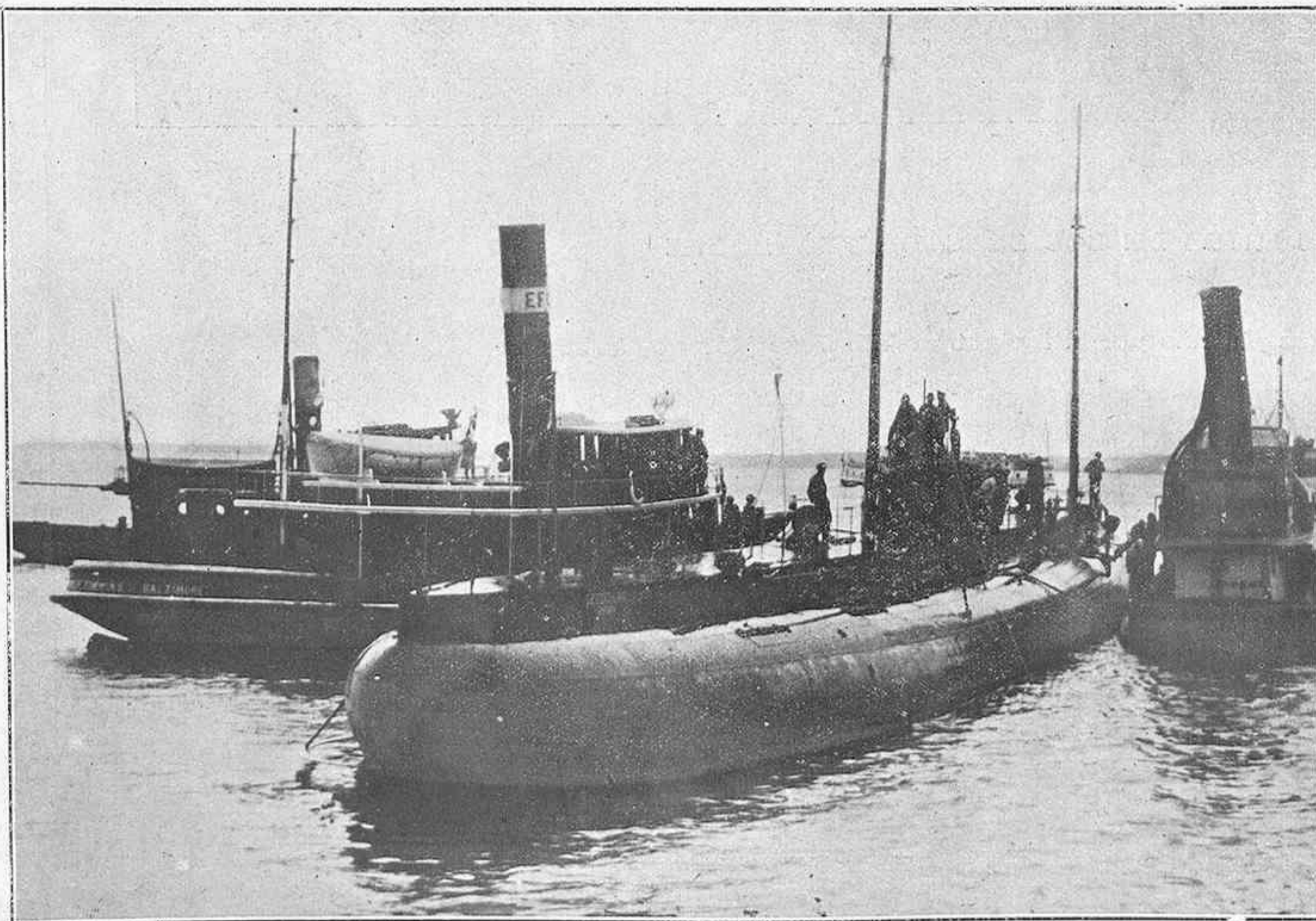


La Srta. D.ª Rafaela Louise y Llaudes, Reina de la Fiesta

Después de adjudicados los demás premios, el mantenedor Sr. Ventosa y Calvell, diputado a Cortes catalán, hizo uso de la palabra pronunciando un hermoso discurso en el que habló de los lazos que unen a Valencia y a Cataluña, explicó la formación de la unidad de España, enalteció la lengua como vínculo de unión entre los pueblos y vehículo de todas las ideas, se refirió al futuro resurgimiento de todas las regiones y dedicó elocuentes párrafos a ensalzar la importancia que para este resurgimiento tiene la obra de los poetas, como cantores de la patria, de la fe y del amor y depositarios del alma de los pueblos.

EL SUBMARINO MERCANTE ALEMÁN «DEUTSCHLAND»

Procedente de Alemania y después de haber cruzado el Atlántico, recorriendo con sus propios medios las 3.600 millas



El submarino mercante alemán «Deutschland» en el puerto de Baltimore. Este submarino, el primero que ha realizado la travesía de Europa a América, después de haber permanecido tres semanas en aquel puerto, ha emprendido recientemente su viaje de regreso. (Fotografía remitida por Carlos Trampus.)

de la travesía, llegó el día 9 de julio último a Baltimore el submarino mercante alemán *Deutschland*, con cargamento de materias colorantes y al mando del capitán Pablo Koenig. La noticia de este suceso produjo gran sen-



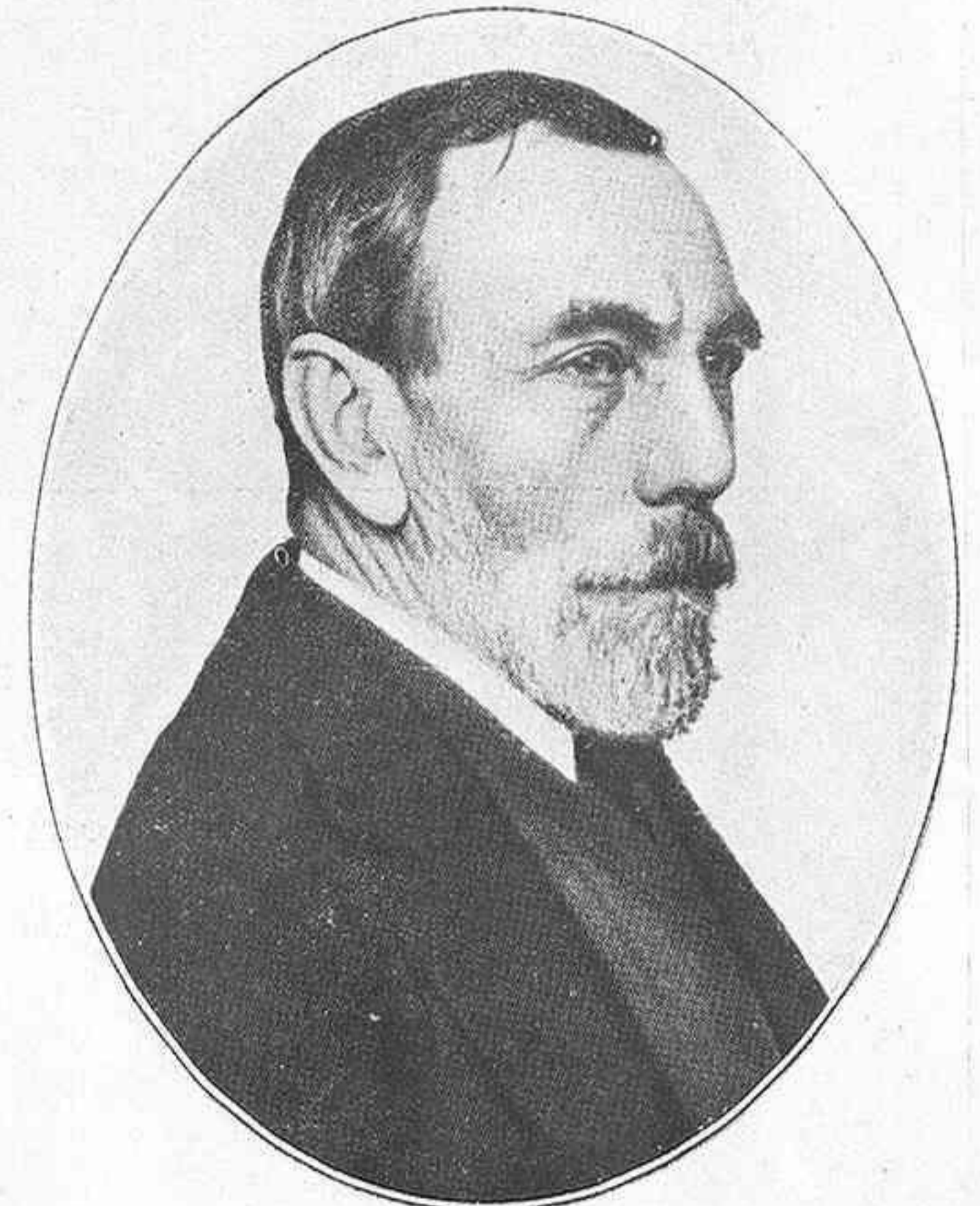
El diputado a Cortes catalán D. Juan Ventosa y Calvell, mantenedor de los Juegos Florales. (Fotografías de V. Barberá Masip.)

sación en todo el mundo, no sólo por lo que en sí significaba la atrevida empresa realizada por el submarino, sino, además, por las consecuencias que de ella pudieran derivarse en el porvenir y por las alteraciones que tal hecho pudiera determinar en las reglas del derecho marítimo internacional.

Reconocido por el gobierno de los Estados Unidos su carácter de buque mercante, el *Deutschland* ha permanecido algo más de tres semanas en Baltimore, de donde ha salido el día 1.º de este mes, de regreso a Alemania, con cargamento de níquel, caucho y oro, habiéndole dado escolta hasta el límite de las aguas jurisdiccionales algunos buques norteamericanos, a fin de evitar que dentro de aquéllas fuese atacado por los barcos de guerra aliados que acechaban su salida.

SIR GUILLERMO RAMSAY

Este eminente químico inglés nació en Glasgow en 1852, y después de haber estudiado Medicina y Química, fué nombrado, en 1876, profesor de la Universidad de aquella capital y



El eminente químico inglés Guillermo Ramsay que en 1904 obtuvo el premio Nóbel y que ha fallecido recientemente (De fotografía.)

en 1882 de la de Bristol, de la que fué rector. En 1887 pasó a desempeñar la cátedra de Química de la Universidad de Londres.

Conquistó su primera celebridad con sus descubrimientos sobre los elementos desconocidos y no sospechados en la atmósfera; y en 1895, continuando los experimentos del famoso químico norteamericano Hillebrandt, produjo por primera vez el gas helio. En 1897 descubrió los gases neón, criptón y xenón, y posteriormente, en unión de lord Raleigh, el argón. Sus estudios y descubrimientos sobre el radio le valieron también grande y merecida fama.

En 1904 le fué adjudicado el premio Nóbel de Química, que compartió con el mencionado lord Raleigh.

AMORES VERBENEROS

NOVELA MADRILEÑA ORIGINAL DE FEDERICO TRUJILLO. - ILUSTRACIONES DE V. CUTANDA



- ¿Pero Salvador le regala tuestos de albahaca?

Sabía también, que acostumbraba a burlarse de sus pretendientes, animándoles con sus coqueterías, haciéndoles concebir paraísos de amor para después desdeñarlos con un gesto de reina ofendida o con una burla cruel.

«No; pues conmigo no juega», pensó Salvador que no quería servir de ratón entre las uñas de aquella gatita enredadora.

Y se hizo de hierro. Sin embargo, Julia, puso en juego todos sus encantos, se valió de todas sus artes de mujer envilecida, y Salvador comenzó a flaquear en sus propósitos. En estos momentos fué cuando Salvador conoció a Patrocinio y como vecino más cercano pudo cambiar con ella alguna charla de balcón a balcón.

Bastó esto para que el joven sintiera por su bella amiga una extraña y secreta simpatía que se iba

convirtiendo poco a poco en un amor puro, amor que como el aroma embriagador de un jardín glorioso, suavemente, penetraba en su alma dándole una rara sensación de felicidad.

Salvador comprendía que estaba enamorado. Aquel sentimiento inconfundible, en nada parecido al de sus anteriores devaneos de muchacho joven que quiere perder el tiempo, aquel entusiasmo vehemente con que juzgaba todas las cualidades de Patro, no podía ser otra cosa que amor: ese amor del alma que todos esperamos como una aurora de nuestro espíritu y que sólo pasa por nuestro camino una vez en la vida.

El joven, observando el talento, la bondad y ternura de su joven amiga concibió por ella una pasión luminosa, noble, honrada. Y tuvo muchas veces a flor de sus labios una declaración que le asegurase

el afecto de Patrocinio, pero deteníale un temor inexplicable.

Pasaban los días y ya iban a cumplirse tres meses sin que el indeciso Salvador se atreviera a pedir relaciones a su vecina. Malayerba se afanaba en desprestigiar a Patrocinio. Salvador, indignado, la defendía apasionadamente. Malayerba sonreía maligna.

Un día Salvador quiso dar fin a tal estado de cosas: ostentar algún título con el que pudiera defender el buen nombre de su amada. Y firme en su idea se acercó a Patro cuando iba al taller de «La Papelera».

Eran las dos de la tarde. Hacía un sol de justicia. La joven marchaba buscando la sombra de las acacias. Salvador se acercó a ella.

- Muy buenas tardes, Patro, saludó él.

— Muy buenas, vecino, dijo la mocita, sonrojándose un poco ante la inesperada presencia del galán.

Y fijando en él los ojos con disimulo, observó a hurtadillas.

Salvador tenía todos los caracteres de la fuerza: estatura mediana, cuello ancho, pecho levantado; era un verdadero tipo de belleza varonil. Los ojos castaños, inteligentes; la mirada rectilínea y franca, la tez morena, los cabellos negros y desordenados.

— ¿Me permite usted que la acompañe?, dijo al fin Salvador con voz algo temblorosa.

— Por mí no hay inconveniente, respondió ella; pero va usted a llegar tarde al taller.

— No tenga cuidado porque ahora entramos a las tres. Tenemos siesta.

— Entonces... ya es otra cosa.

Y siguieron caminando largo rato en silencio.

Después hablando de esas nonadas que llenan la conversación de las personas que no se atreven a profundizar en una conversación, llegaron hasta cerca de los talleres de «La Papelera Española». Salvador no pudo contenerse más y cambiando brusca- mente la charla dijo a su vecina:

— Bueno, Patro: yo no he venido sólo por el gusto de acompañarla, sino porque tengo que hablar muy seriamente con usted.

— Pues usted dirá, respondió la niña, sintiendo que el corazón le latía de gozo, adivinando la declaración tanto tiempo anhelada.

Entonces el joven con pocas palabras, con su formalidad característica, pero dejando que su alma se asomara a sus ojos descubrió a la joven su pasión.

Patrocinio quedó un momento pensativa y luego respondió:

— Hace poco tiempo que nos conocemos. Yo sé que es usted un hombre honrado y trabajador y usted sabe de mí lo mismo, esto es bastante. Su trato no me ha disgustado y me parece que será usted formal. Puede que me engañe, pero yo lo advertiré a tiempo. Sin embargo, debo decirle que tengo la costumbre de consultar con mi padre hasta los actos más insignificantes de mi vida.

— Me parece muy bien y aplaudo su idea, afirmó Salvador.

— Pues, entonces..., mañana sabrá usted la contestación. ¡Adiós!

Y desapareciendo en el zaguán de la fábrica dejó a su pretendiente con el alma llena de ilusiones. A Salvador le pareció como si el perfume de las acacias del paseo se le hubiera entrado carne adentro, embriagándole y adormeciéndole en un dulce ensueño de amor.

Aquella noche el *zeño Grabié* recibió con alegría la confesión de su hija, y, comprendiendo que el mozo era el hombre que pertenecía a Patro, dió su conformidad.

Al día siguiente Patro y Salvador eran novios oficialmente.

Malayerba no pudo evadirse de algunas puntadas de las comadres del barrio.

Aquel día, que era sábado, cuando Salvador pagaba la convidada a sus amigos, Julia dijo a Salvador mientras le servía una copa de Monóvar:

— Ya sé que es *usté* novio de la Patro. Tiene *usté* muy buen gusto. Es una chica guapa, limpia, trabajadora...

Y haciendo una pausa, prosiguió con retintín:

— ... De la que nadie tiene que hablar. Que sea por muchos años.

— Y *usté* que lo vea, replicó con sorna Salvador.

Cuando éste se fué, Malayerba penetró en la tienda donde estaba su madre y con el rostro encendido, los ojos nublados de lágrimas, mordiéndose los labios, exclamó:

— ¡Ya lo ve usted, madre!, ¡ya lo ve usted!.. ¡Salvador me desprecia! ¡Me desprecia por esa mosquita muerta! ¡Ah; pero o poco valgo o volveré!

Y rompió a llorar con desconsuelo.

— ¡Qué entenderá de mujeres ese *tonto del bote!* ¡Despreciarte a ti con esa cara que *ties* de ángel!..

La gorda *señá* Cecilia besó a su hija contemplándola con orgullo creador.

V

LA PONZOÑA

Cerca de un año había pasado desde que Salvador declaró su amor a Patrocinio; tiempo de felicidad, de dicha inefable en que la existencia pasaba para los dos como un idilio sin fin.

Malayerba, corroída por la envidia y los celos meditada en silencio su venganza. Bajo la mirada candorosa de sus ojos azules y la sonrisa perenne de sus labios se agitaba el mar tormentoso de sus pasio-

nes. Sabía en el arte del disimulo, supo encubrir su desesperación aparentando la mayor indiferencia en el noviazgo de Salvador. En realidad padecía horriblemente y la contemplación de aquellos amores constituyó para ella el suplicio de Tántalo, una tortura de infernal refinamiento. Encadenada como Prometeo, el buitro de la envidia iba devorando lentamente sus entrañas.

Llegó el día 13 de junio, festividad de San Antonio de la Florida, día grande para el pueblo de Madrid que adora al celeste abogado del matrimonio, fiesta a la que iban antaño lo mismo las majas y manolas que las damiselas y currutacos, en busca de alivio para sus males de amor, seguros de que sería buen curandero el santo milagroso del que reza el cantar:

San Antonio bendito,
ramo de flores,
que a las descoloridas
das los colores;
San Antonio bendito,
ramo de flores,
tú que te las mereces
no te las pones.

Es tal la devoción que las jovencitas madrileñas sienten por el amoroso Antonio de Padua, que hasta la musa popular canta esta fe sobre las cadencias morunas de las guitarras, diciendo:

¿Qué tienes con San Antonio
que tanto te acuerdas *d'él*?
San Antonio está en el cielo
¡quién estuviera con él!..

Era domingo y Patrocinio y Salvador aprovecharon el descanso de este día para ir a la verbena. Dieron una vuelta por la Bombilla, echaron un baile, después Salvador regaló a Patrocinio un tiestecito de albahaca y por último entraron a refrescar en casa de Juan.

Aquí tuvieron un encuentro desagradable.

Cuando más alegres estaban los dos novios, dichosos con su charla de amores, se presentó ante ellos Malayerba, lujosa, enojada, luciendo magnífico mantón de Manila, zapatito de charol, falda y blusa de seda y peinado chulapo sobre el que se destacaban entre gigante peina media docena de clavetes rojos y blancos.

— Muy buenas tardes, Patrocinio, dijo a la joven saludándola con perversa intención. Así me gustan los novios, que se tengan ley y sepan querer con fatiguillas.

Patro palideció al oír las palabras de Julia. Sabía que Malayerba no la tenía buena voluntad y sintió al verla un vago temor, un presentimiento de que alguna desgracia la amenazaba. Sin embargo, tratando de sonreír, contestó:

— Ah, sí; ¿quién no viene a San Antonio siendo madrileña y holgando el día? Total nada, ganas de distraerse un rato. Una vuelta por la verbena; un baile, un refresco y un tiesto de albahaca.

— ¿Pero Salvador le regala tiestos de albahaca?, dijo Julia.

— ¿Es algo malo?, preguntó Patro alarmada.

— Dicen que es mala sombra. Que los novios que se regalan tiestos de albahaca no se casan nunca (1), respondió Julia poniendo en sus palabras tan mala intención que Patro sintió como si por sus venas se estuviera filtrando lentamente el veneno de una víbora.

— ¡Bah!, dijo Salvador incómodo por las frases de Julia. La albahaca no trae mala sombra sino cuando crece en su tierra la *mala yerba*. Además nosotros no creemos en brujerías. Creemos en Dios y en nuestro cariño, que es la verdad.

Aigo corrida por la contestación del mozo, Julia se despidió de los novios con un adiós burlón que parecía envolver una amenaza.

— ¡Ah!, dijo Patro al ver marchar a su rival, las palabras de esa mujer me hacen daño.

Y poseída de un extraño presentimiento pidió a Salvador que jurara ante San Antonio que no la olvidaría jamás.

Aun no habían terminado las fiestas de San Antonio cuando Malayerba tuvo una entrevista con la *señá* Eufrasia.

Esta vieja se dedicaba a la usura, a correr alhajas procedentes de robo y a otros menesteres poco honorables. Moderna Celestina sabía echar las cartas y era la sibila de los barrios de Embajadores y del Puente. Hábil zurcidora de voluntades, habíase metido en el negocio de los amores de Malayerba atraída por el brillo de su dinero y de sus joyas. Julia, crédula dentro de su maldad, tenía fe en los augu-

(1) Esta es una superstición muy extendida entre el pueblo de Madrid.

rios de la hechicera y en las inquietudes de su pasión, encendía una vela a Cristo y otra al demonio.

Las dos mujeres charlaron bastante tiempo con gran reserva.

Al despedirse dijo Malayerba:

— ¡Ay, *señá* Eufrasia! ¡Como salga *verdá* lo que *usté* me dice, la voy a forrar con billetes de Banco!

— ¡Ya será algo menos!, respondió riendo la viejecilla.

— Si no me engaña *usté*...

— ¡Como éstas son cruces!, respondió la sibila simulándolas con sus manos sarmentosas. *Too* lo sé de *güena* tinta. ¡Pues no han *andao* na estas piernas *pa* averiguarlo!.. Pero de poco la ha *valío* esconderse: ¡setenta años ven mucho!

— El caso es que... ¿quién se lo dice a Salvador?

— Pues tú; ¡anda ésta!

— Lo siento porque siempre que me ve pone una cara que ni el juez del distrito.

— Yo se lo diría, pero no *v' hacerme* caso.

— *Tie* *usté* razón; además, que eso es cosa mía. ¡Menudo escándalo se *va'* armar!

— Si ya te lo decía yo: ese *tie* que ser *pa* ti. ¡Ya ves que va camino!

— ¡Ay, *señá* Eufrasia!, contestó la chulapona. ¡La Virgen de la Paloma la bendiga! Que *tie* *usté* para estos asuntos unas manos milagrosas.

Y alargando su diestra con un billete de cincuenta pesetas a la echadora, se despidió diciendo:

— ¡Adiós! Me voy a ver si pisco a ese ingrato. Tome *usté* esos diez *chulés* *pa* que vaya haciendo boca.

— Gracias, hija: eres *mu* generosa; pero ya ves que la cosa bien lo vale, exclamó la vieja mirando con codicia el billete a cuya vista brillaron sus ojos como dos espejuelos de talco.

Julia, loca de alegría, bajó las escaleras y forjándose risueñas ilusiones salió a la calle y echando por la del Mesón de Paredes, ansiosa de dar fin a su empresa, pocos minutos después estaba en el Portillo de Embajadores.

Quiso la buena estrella de la chulapa que al llegar a esta parte de su jornada topase con Salvador cuando se disponía a subir por la Ronda de Valencia.

— Me alegro de verle, dijo al mozo interponiéndose en su camino; tengo que hablar con *usté*.

— Advierto a *usté* que voy de prisa a un recado del director de la fábrica y me están esperando, respondió él, creyendo que Malayerba le hablaría de amores. Tengo que hacer.

— El caso es que el asunto es *reservao* y no se puede hablar en la *caye*. No es de mí de quien voy a hablarle; es de la Patro...

Salvador palideció.

— Bueno, ¿y qué es ello?

— Si quiere *usté*, vamos aquí cerca al café de Valencia. Allí no nos verá nadie.

El joven titubeó unos momentos y luego, decidido, respondió:

— Vamos.

Ya en el solitario café y frente a frente, Julia, tuteando a Salvador, comenzó así:

— Ya sabes que te quiero, que, por mi desgracia, siempre te he querido. Cómo ha de ser. Yo que a tantos he *despreciao* hoy me veo por tu querer siendo la comidilla del barrio, la burla de todos.

Y Malayerba secó dos lágrimas que, más de ira que de amor, salieron a sus ojos.

— Bien, mujer, exclamó con acento de lástima Salvador que tenía un corazón noble y creía que aquel llanto era de cariño sincero. Si sigues así no podré escucharte. Yo no quiero ver llorar a una mujer y menos por mi culpa. ¿Por qué te empeñas en cosas imposibles? Demasiado sabes que sólo vivo para el querer de la Patro...

— A eso vamos. ¿Qué harías si esa mujer te engañara?

— Eso no puede ser *verdá*, respondió Salvador cuyo rostro se puso del color de los lirios. ¿Engañarme la Patro? Tú quieres que haga una locura.

— *Caya*, hombre, *caya*; que se va a creer el camarero que estamos de bronca.

Y bajando la voz musitó con los ojos fijos en los del joven:

— Repito que la Patro te engaña.

— ¿Con quién?

— No puedo decírtelo.

— Eso es decir que Patrocinio es...

— Una mala mujer, prosiguió Malayerba terminando la frase.

— ¡Mira lo que dices, Julia! ¡Mira que puede costarte caro!

— Un día me ofendiste y sufrí la ofensa y lloré en silencio. A solas *hubía* *sufrido* mi vergüenza: ¡i *eya* fuera buena contigo. Pero Patrocinio te engaña, repitió otra vez, obstinada, aquella hembra maldita.

- ¡Pruebas! ¡pruebas! ¡Palabrería y embustes, no!, dijo Salvador, rugiendo como una fiera herida. ¿Crees engañarme con cuatro historias? ¡Pues no y no! Has de saber que la quiero con *toa* el alma, que ella es mi vida, que no creeré nada de lo que me cuenten si no lo ven estos ojos.

- Pues bien; lo verán. Escucha. *Tvas* las tardes cuando tú la crees en el taller, Patro te hace traición. La que se finge una santa, la que te negará hasta una mirada cariñosa, la que tiene en su mano tu anillo de promesa, dando vueltas y rodeos llega a la Plaza de Antón Martín, toma un coche y va a un sitio cuyo nombre solo avergüenza decirlo...

- Pronto, pronto, dímelo por Dios o... te ahogo..., dijo Salvador irascible.

Julia bajando la voz, con delectación, como saboreando su venganza fué dejando salir de sus labios el nombre infamante.

- Mientes, mientes, exclamó él; Patro es buena. Patro no puede ir a esos lugares.

- ¡Por la salud de mi madre!, juró la moza solemnemente.

Salvador sentía que todo giraba en torno suyo, que sus ojos se nublaban, que la sangre agolpándose en su cerebro martilleábale las sienes e irguiéndose soberbio, dijo a Malayerba:

- Vámonos de aquí; me ahogo. Mañana, a la hora en punto, estaré allí. ¡Ay, cómo no sea *verdú*, Julia!, ¡pobre de ti! ¡No miraré que eres una mujer! ¡Te pediré explicaciones, te haré decir delante de *toos* que eres una calumniadora! ¡Te insultaré!, ¡te escupiré a la cara! ¡Adiós!, ¡adiós!

Y como atormentado por un espíritu maléfico huyó calle arriba, sin descansar hasta que se detuvo en la Plaza del Progreso. Inconscientemente montó en el tranvía y pagando el trayecto hasta los Cuatro Caminos, dióse a cavilar en su desgracia.

«¿Serían verdad las palabras de Malayerba? ¡Si fuera cierta su infamia, pensaba, la mataría!»

Y al cruzar por su mente esta idea sangrienta, el recuerdo de sus padres haciale que detuviera sus ímpetus haciendo más suave, más tierno su dolor.

«¡Oh, no!, se decía. ¿Y su pobre madre viejecita que le idolatraba? ¡Y su infeliz padre que tanto pasó para sacarle adelante y hacerle un obrero honrado! ¡No merecía Patrocinio que un hombre se perdiera por ella!»

Al pensar esto, la imagen de Julia aparecía en su cerebro como invocada por un poder misterioso.

«Yo sí que te quiero. Yo sí que he sido buena para ti. Gracias a mí te has salvado de la deshonra y aun puedes ser feliz. ¿Por qué me desprecias?», creyó que le decía la aparición, y figurábase a Malayerba más hermosa que nunca, con los ojos llenos de lágrimas.

- Caballero; que ya hemos llegado, le dijo el co-brador.

El joven despertando de su ensueño descendió del tranvía y luego pensativo penetró en el merendero «El Partidor».

Largo rato estuvo andando entre sus paseos bajo la sombra. Estaba triste, muy triste. Le parecía que lloraba el organillo y que las guitarras se quejaban dolientes entre el ramaje. Era tal la amargura de su alma que al encontrarse solo bajo la enramada de un cenador, sentándose en un banco rústico lloró como un niño. Y mirando el remoto y ya clausurado cementerio de «Nuestra Señora de los Dolores» que se bocetaba entre los arboles de oro y grana en el poniente, sintió envidia de los que duermen en la paz sempiterna del olvido.

Cuando salió de su abatimiento, ya la noche había tendido su negro capuz sobre el paisaje.

Salvador tornó a su casa. Luego se acostó y no pudo conciliar el sueño.

* * *

Apenas la pálida luz del amanecer penetró por los vitrales del dormitorio de Salvador, éste se levantó para asomarse a la ventana.

- Buenos días, vecinito..., dijo Patrocinio saludándole desde su balcón con su perenne sonrisa candorosa. ¿Se ha dormido poco?

- No, respondió el joven dudando de que aquel ángel que le hablaba fuera capaz de la ingratitud y de la perfidia. Es que ayer se rompió a última hora la máquina y tengo que ir más temprano. Quizá no nos veamos hoy en todo el día.

- Entonces...
- Hasta la noche, prenda, y que haya salud.
- Hasta la vista.

Patrocinio se despidió de su novio ignorante del lazo que Malayerba le tendía.

Las tres de la tarde serían cuando Salvador llegaba a un mísero callejón alledaño a la Plaza de los

Mostenses. Allí, escondido, agazapado como un tigre en su guarida, con el alma llena de inquietud aguardó dos horas que le parecieron largas interminables.

Comenzaba ya a desconfiar de las revelaciones de Julia, cuando el rodar de un carruaje en la calle próxima llegó a sus oídos. El coche paró y pudo ver Salvador que de él descendía una mujer en la que reconoció a Patrocinio a pesar de su tupido manto negro.

El joven sintió que se ahogaba, que el corazón saltábale como si quisiera salirse del pecho y ante aquella infamia le pareció que una nube sangrienta pasaba delante de sus ojos.

Patrocinio pagó al cochero y después mirando a todos lados, escudriñando en torno suyo, recelosa penetró en el callejón y en el mismo instante en que ponía el pie en el umbral de una casa vieja de aspecto tenebroso, Salvador, saliendo del lugar donde se guarecía, detuvo a su novia que al verle lanzó un grito de espanto y con la lividez de los muertos en el rostro y los ojos desencajados, intensamente pálida, tuvo fuerzas para decir una sílaba en la que se compendian todos sus sentimientos, su sorpresa, su terror sin límites:

- ¡Tú!!
- ¡Sí, yo, infame!, respondió Salvador, cogiéndola de un brazo y sacudiéndola hasta hacerla caer en los primeros peldaños de la escalera donde la encontró. Yo que sabía tu infamia y tu perfidia. ¿Qué creías, que ibas a jugar mucho tiempo con dos barajas?., pues te ha salido mal la cuenta. Hubo quien me avisó, quien me dijo que me engañabas, ¡que eras una mala mujer!

Patrocinio levantándose se irguió ante su novio y soberbia, acercando su rostro al de Salvador, clavando en él sus ojos, le dijo:

- Salvador, si me ves en este lugar es porque mi suerte negra lo ha querido, pero te juro que soy inocente. Sígueme y te convencerás.

- ¡Ah! ¿Crees que vas a engañarme como otras veces? ¿Piensas que por haber permanecido ciego hasta ahora voy a estarlo toda la vida, que me vas a seducir con cuatro palabritas de miel, con tus sonrisas falsas, valiéndote de tus embustes? Pues no, no quiero hacerte caso: todo acabó entre nosotros. Pensé matarte, pero ya ves, estoy tranquilo. Ahora sólo me causas asco. ¿Lo entiendes bien? ¡Asco!

Las palabras se desbordaban como un torrente, como un río que se sale de madre, por los labios de Salvador. Después volvió la espalda a Patrocinio, que llorando le detuvo por un brazo diciendo:

- ¡Por Dios, Salvador! ¡Soy inocente! ¡Te lo juro por... la gloria de mi madre! ¡Sube conmigo y verás cómo de nada tengo que avergonzarme ante tus ojos!..

Había en las frases de la moza tal acento de sinceridad, que el joven titubeó; pero después, rehaciéndose, mirándola con aire despectivo, murmuró riendo irónicamente:

- ¡No me engañas otra vez! ¡No te creo!

Y dejando a Patrocinio sumida en una desesperación rayana en la locura, subió por las escalinatas de una calle próxima a la de Federico Balart, atravesó la calle Ancha de San Bernardo y por Santo Domingo y Preciados se dirigió a la Central de Telégrafos; una vez allí, cogiendo febrilmente una hoja de telegramas, nerviosamente, con letra convulsa, la llenó con las siguientes palabras: «Altos Hornos. Gerencia. Bilbao. Acepto oferta empleo. Sueldo el convenido. Salgo hoy tren de la noche. Salvador Huertas.»

Después que hubo entregado el parte al oficial, salió, volvió a su casa y sacando sus ahorros de la gaveta, se fué de su casa sin decir nada a sus padres de su repentina determinación. Era aún temprano para ir a la estación y pudo despedirse de algunos amigos, ocultando siempre adónde iba.

Entraron en una taberna de la calle de Toledo y pidieron un frasco grande de vino y una guitarra. Eran buenos españoles y tenían bastante con estas dos cosas para olvidar sus penas.

- ¿Acaso te vas *pa* las Américas?, preguntó a Salvador el *Mochuelo II*; porque te *azvuelto* que ahora *hase* mucha calor. Me lo ha dicho mi loro, que es paraguayo.

Salvador, sin hacer caso de la chuscada del *Mochuelo*, bebía hasta la saciedad, y luego, queriendo dar las penas al olvido y parecer alegre, cogió la guitarra y arrancándose por *soleares*, hizo que ésta gimiera con sus falsetas ese canto melancólico que tiene más de queja y de suspiro que de cantar y que puede condensarse en la conocida copla de Dicenta:

Dijo a la copla el suspiro:
«Anda a ver si es que tú aciertas
a decir lo que yo digo.»

La *soleá*, que es la elegía del cante flamenco, parece hecha, como su nombre lo indica, para cantarla solo, sin otra compañía que la del dolor y dejando que el alma se asome a los labios, porque la *soleá* es la canción de la muerte, de los celos, del desengaño cruel que transe el alma: es una rosa trágica de amor que florece en las cuencas de una calavera: al través de sus modulaciones que son gemidos, de sus arpegios que simulan quejas, adivinanse el fulgor de unos ojos negros de mujer, el brillo de las navajas y las siluetas sombrías de los pinos de un campamento.

Por esto Salvador, al tratar de aparecer contento ante la compañía, revelaba en sus coplas el verdadero estado de su alma.

- ¡Venga de ahí, cuerpo *güeno*! Que hasta los ángeles del cielo van a *sali* en *carzonzillos* a *escuchate*, decía *Mochuelo II*.

Salvador, con el acento velado por la pena y buen estilo flamenco, cantó:

¡Qué desengaño cruel!
¡Mire *usté*, madre, si es pena
lo que *llegao* a saber!..
¡Que hay otro hombre que besa
boquita que yo besé
como una flor de pureza!..

- Venga otra, niño, gritó *Mochuelo* entusiasmado. ¡Olé los niños con estilo y condiciones! ¡A tu *lao*, el *Caruzo* es una flauta vieja!

Salvador, cambiando de falsetas, cantó esta otra *soleá*:

Dichosos los que se mueren
y no sufren mi suplicio;
mira si es perra mi suerte
pensando en la muerte vivo
y ni la tierra me quiere
por miedo a este dolor mío.

- ¡*Charó!*, exclamó el *Mochuelo* poniendo una cara tan ridícula que todos los oyentes rompieron en grandes carcajadas. ¡Eso es más triste que un entierro sin compañía! ¡Malos *mengues* me coman! ¡*Paees* un *murcidgal*!

Así estuvieron de zambra largo rato, y ya casi borracho, inconsciente, Salvador se encaminó a la estación del Norte y montó en un vagón de tercera que estaba desocupado. Sin embargo, en medio de su embriaguez, al ver que Madrid se alejaba hermoso y seductor como un sueño de felicidad, gruesas lágrimas acudieron a sus ojos.

Dos días después, los padres de Salvador recibían una carta concebida en estos términos:

«Padres de mi alma: El amor de una mujer traidora me arroja de Madrid. Patro me engañaba. Si ella u otra persona pregunta por mí, digan que ignoran mi paradero o que marché para América. No quiero que sepan de mí ni yo saber de nadie, más que de ustedes, que me quieren de verdad. Aquí tengo buen jornal y creo que olvidaré pronto a esa ingrata. Vuestro hijo que os abraza, Salvador.»

Entretanto, Malayerba aguardaba en vano. Su calumnia había sido un arma de dos filos que hirió también el corazón de Julia; pero ésta, en su malidad, consolábase viendo que Patrocinio y la albahaca del augurio fatal iban languideciendo lentamente... ¡Quién sabe si la mujer y la planta morirán a un mismo tiempo!..

VI

SACRIFICIO

Cuando abandonó Salvador a su novia en las puertas de aquel tugurio maldito, ésta, falta de fuerzas, como una flor que abatida sobre su tallo besa la tierra, cayó en la escalera y largo tiempo estuvo allí devorando su vergüenza y sus lágrimas.

«¡Qué poco me quería, pensaba, cuando tan fácilmente se ha separado de mí! ¡Ni siquiera ha querido oirme!..»

Ya vencido su dolor, se levantó, limpió sus lágrimas y después de arreglar su peinado subió la escalera.

Al llegar al piso segundo, una viejecilla con el cuerpo encorvado y aspecto de ave de rapiña, salió a su encuentro.

- Pase, pase, dijo la anciana, pero no haga ruido. Ahora mismo acaba de dormirse. Yo creo que la da vida.

- ¿Ha preguntado mucho por mí?, preguntó Patro con la voz velada por la emoción.

- ¡Ya lo creo!, respondió la interrogada. ¡A todas horas! El nombre de Patro no se le cae de los labios. ¡Claro! ¡Es *usté* tan buena!.. Pase, pase; no esté en la corriente. Además, pueden verla los que suben.

(Se continúa.)

LONDRES. - EL SUBMARINO ALEMÁN «U. C. 5». - GRANDIOSA MANIFESTACIÓN FEMENINA. (Fots. Central News.)

Por disposición del Almirantazgo británico se exhibe actualmente al público en el Támesis, en el muelle del Temple, el submarino lanzaminas alemán U. C. 5, que no hace mucho tiempo fué capturado por un destructor inglés en la costa oriental de Inglaterra.

A fin de evitar la aglomeración de visitantes, que podría entorpecer el tráfico del río, y al mismo tiempo para conseguir un fin benéfico, se ha dispuesto que los que quieran ver el submarino paguen una módica entrada (seis peniques hasta la una de la tarde y tres a partir de dicha hora), destinándose la cantidad que de este modo se obtenga a las instituciones de beneficencia naval y al Asilo de Huérfanos de la Policía.

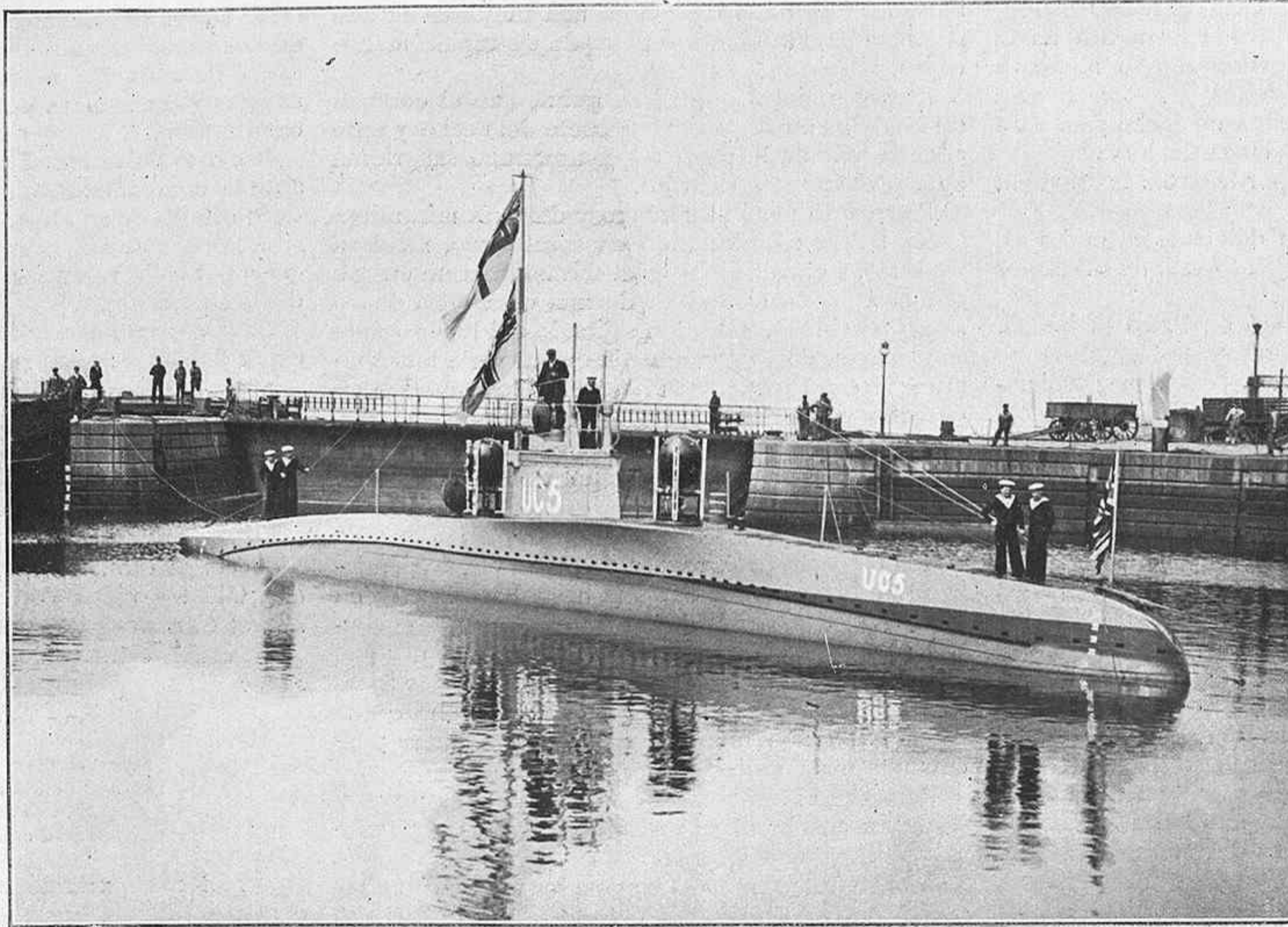
En el mástil de la torre del submarino está izada la bandera inglesa encima de la bandera alemana, para indicar que se trata de una presa marítima.

El U. C. 5 fué encontrado en una situación apurada, en aguas de la costa oriental de Inglaterra, por un destructor inglés, cuyo capitán, por medio de un megáfono, intimó al submarino alemán a que se rindiese. La tripulación de éste levantó las manos y se arrojó al agua. Cuando el bote del buque inglés, después de haber recogido a aquellos tripulantes llevándolos a bordo del destructor, se dirigía nuevamente al submarino, vió que otro marinero del submarino se lanzaba al mar, al mismo tiempo que se producían en el U. C. 5 violentas explosiones.

El oficial del bote inglés púsose una máscara contra los gases asfixiantes y descendió al submarino, pudiendo entonces observar que éste había sido agujereado y que en él penetraba el agua. Las doce minas que el U. C. 5 llevaba a bordo estaban todas en su sitio, pero dos de ellas se habían soltado, a consecuencia de la explosión, y amenazaban estallar en cualquier momento.

Al cabo de dos días de peligrosos trabajos, el submarino alemán pudo ser puesto enteramente a flote y conducido al puerto, en donde quedó amarrado.

Durante su exhibición en el Támesis, el U. C. 5 ha sido visitado por muchos millares de personas.



El submarino lanzaminas alemán «U. C. 5» capturado por los ingleses y que se exhibe actualmente al público en el muelle del Temple, en el Támesis

La grandiosa manifestación organizada por la Unión Social y Política Femenina y celebrada en Londres el día 22 de julio último, ha tenido un éxito extraordinario y se ha visto favorecida por un tiempo espléndido.

En ella tomaron parte delegaciones de todas las ramas de la industria de la guerra en las que trabajan las mujeres, y ante el espectáculo que la manifestación ofrecía pudo verse la importante participación que el elemento femenino tiene en el esfuerzo nacional inglés, no sólo en las labores militares, sino también en las agrícolas y en otras no menos interesantes y necesarias para asegurar la vida normal del país.

La multitud que presenciaba su paso aclamó calorosamente a aquellas mujeres, muchas de las cuales, a pesar de haber trabajado durante toda la noche, renunciaron al descanso por el gusto de concurrir a la manifestación; naturalmente que las mayores explosiones de entusiasmo fueron para las que se dedican a la fabricación de municiones, las cuales, al pasar por delante del Ministerio de la Guerra, en uno de cuyos balcones estaba el nuevo ministro Mr. Lloyd

George, saludaron a éste agitando las vainas de proyectiles de artillería de que iban provistas todas ellas.

Figuraban también en la manifestación dos amazonas representando a Juana de Arco y a San Miguel, y una mujer envuelta en crespones, como homenaje a los héroes muertos.



Grandiosa manifestación en pro de la guerra organizada por la Unión Social y Política Femenina. - Grupo de las mujeres que trabajan en las fábricas de municiones a su paso por Whitehall

EL CONFLICTO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO. (Fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



Soldados norteamericanos que fueron hechos prisioneros en el combate del Carrizal y puestos en libertad por el general Carranza a consecuencia de la reclamación del Presidente de la República de los Estados Unidos

El conflicto entre los Estados Unidos y México ha quedado solucionado satisfactoriamente, mediante el acuerdo de someter a una comisión mixta el arreglo de las dificultades surgidas en la frontera.

La tirantez de relaciones entre ambos países llegó a ser muy grande y ocasiones hubo en que parecía inminente la ruptura completa. Una de estas ocasiones fué la determinada por el combate del Carrizal, según indicábamos en el número anterior.

A propósito de aquel combate, el Ministerio de Relaciones Exteriores de México publicó la siguiente nota, que comunicó a sus legaciones en el extranjero: «El general Treviño, comandante de la división del Nordeste, informa que fuerzas americanas avanzan hacia Villa Ahumada, situada en la línea del

ferrocarril Central, entre Juárez y Chihuahua. El general Félix Gómez recibió la orden de atacar dichas fuerzas. Un combate tuvo lugar en Carrizal, habiendo sido rechazados los americanos, dejando varios muertos y 17 prisioneros. El general Gómez y algunos soldados nuestros fueron muertos. El intérprete americano que se encuentra prisionero ha declarado que el comandante americano debe ser reprendido por haber provocado dicho encuentro.»

El gobierno de los Estados Unidos, partiendo del supuesto de que el combate del Carrizal había sido una emboscada, reclamó la libertad de los soldados yanquis hechos prisioneros por los mexicanos; y después de algunas negociaciones, el general Carranza accedió a la reclamación.



El general norteamericano Bell esperando la llegada de los prisioneros del Carrizal puestos en libertad por el general Carranza. — Convoy de transportes automóviles de guerra norteamericanos atravesando el cañón de Las Cruces

REUS. - SALÓN DE HUMORISTAS CELEBRADO EN «EL CÍRCULO»



Un aspecto del Salón. (De fotografía de Roca y Ribas.)

En «El Círculo» de Reus se ha celebrado recientemente el *Saló d'Humoristas* que, por encargo de la Junta Directiva de aquella sociedad, ha organizado el conocido caricaturista Pedro Vidiella (*Vidi*).

La exposición ha sido notable bajo todos conceptos, así por la cantidad de obras expuestas como por la calidad de las mismas, cosa esta última que se explica perfectamente teniendo en cuenta que al pie de las obras se leían las firmas de los artistas más distinguidos en la especialidad de la caricatura de Cataluña y Madrid.

Figuraban en la exposición 205 dibujos y pinturas originales de José M.^a Altamira, Luis Elías (*Anim*), Pedro Antequera Azpiri, Felto Elías Bracóns (*Apa*), Román Bonet (*Bor*), Lorenzo Brunet, Fernando Casajuana (*K. S. A.*), Valentín Castany, Francisco de Cidón, Cayetano Cornet, José M.^a del Hoyo (*Dhoy*), Enrique Echevarría (*Echea*), Antonio Alasá (*Ele*), Antonio Farré, M. Farróls, José A. Ferrer, Fernando Gómez Pamo de Fresno (*Fresno*), Javier Gilell, Juan M. Grau, Juan G. Junceda, Juan Gols (*John*), Ramón Jou, Francis-

co Labarta, Francisco López Rubio, Juan Marxuach, Manuel S. Candejo (*Mel*), José Opisso, Ricardo Opisso, Luis Oms, Rafael de Penagos, José Costa Ferrer (*Picarol*), Pérez Reina (*Pikuin*), Pedro Prat Ubach, Ramón Vidiella (*Romuncho Verre*), Fidel Kiera, Eliseo de Riquer, José Robledano, Ramón Roqueta, Roberto Sabater, Pablo Sabater, Antonio Soler, Manuel Tovar, Evaristo Salmerón y Pedro Vidiella (*Vidi*). Completaban el Salón una escultura de Luciano Oslé, dos de Miguel Oslé, y catorce curiosidades de Luis Barrillón.

La enumeración de estos nombres hace innecesarios los elogios, pues todos ellos son suficientemente conocidos y gozan de grande y muy justa reputación.

La exposición, que ha sido visitada por numerosa concurrencia, estaba instalada con el mejor gusto y con gran acierto para que todas las obras produjesen el efecto debido.

El éxito del *Saló d'Humoristas* ha sido completo y por ello han merecido unánimes y calurosas felicitaciones, a las que una de las suyas LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la Junta Directiva del Círculo y el Sr. Vidiella.

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos sacretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.



ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN